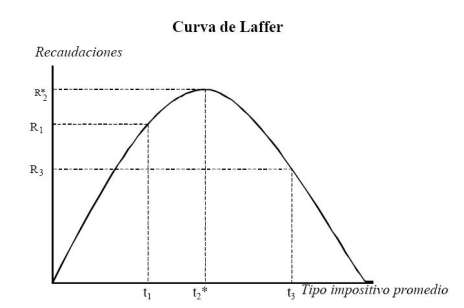
**Artículo 13: Espejismo irresistible: La curva de Laffer**

La curva según el profesor Laffer daba expresión geométrica a la posibilidad de que un exceso de impuestos desmotive al trabajo y a la inversión, reduzca el crecimiento de la economía y el Gobierno acabe recaudando menos de lo que recaudaría con tasas impositivas menores. Si, y sólo si, en un momento dado el nivel de tributación fuera en promedio excesivo, una reducción de impuestos pudiera cambiar de signo los incentivos perversos. Aumentaría la cantidad y rendimiento del trabajo y de la inversión, lo que llevaría a mayor crecimiento y posiblemente, con muchas condiciones que no vamos a detallar, se llegara a recaudar más.

Diseñada por el economista Arthur Betz Laffer, defiende que, en ocasiones, es precisamente, con rebajas fiscales como se recauda más. La curva de Laffer se apoya en un sencillo dibujo: una U invertida, en un diagrama que coloca el tipo impositivo en el eje de abscisas, y la recaudación en el de ordenadas. La curva de Laffer relaciona niveles de recaudación con el aumento de impuestos. Si medimos el aumento del impuesto, a través de un tipo impositivo medio t, tendríamos una curva con esta forma.



**Artículo 14: La economía sumergida aún supone un quinto de la actividad en España.**

La economía sumergida todavía representa un 17,2% de la riqueza del país, casi un quinto del total. Se trata del tercer peor porcentaje entre las grandes economías mundiales, después de Grecia (21,5%) e Italia (19,8%).

Los tres grandes países del área del Mediterráneo –Italia, España y Grecia– pueden presumir de tener el porcentaje más elevado de transacciones económicas sin declarar. Los economistas coinciden en que esta opacidad perjudica a la innovación y el crecimiento.

Los expertos coinciden en que, a grandes rasgos, los países más desarrollados tienen mayores tasas de presión fiscal, pero, sin embargo, presentan tamaños de economía sumergida bajos o relativamente moderados. Cuanto menos avanzada es la economía de un Estado, más alta es la evasión.

**Artículo 15: La mejor asistencia… y la más cara**

EE UU destina un 16% de su producto interior bruto a la salud (unos 2,2 billones de dólares en 2007). El coste para los clientes tampoco para de crecer, hasta el punto de que, per cápita, los estadounidenses encabezan las estadísticas de la ONU. El coste medio del seguro médico para una familia ronda desde los 11.000 dólares anuales en Idaho, Iowa y Hawái —donde se pagan las primas más bajas— hasta los 13.500 dólares en Indiana, Massachusetts, Minnesota y New Hampshire, las más altas del país. Para un soltero se mueve entorno a los 400 dólares mensuales.

Para casar estos dos mundos y reducir costes, la idea de Barack Obama pasa por romper con el monopolio de las aseguradoras, creando una alternativa pública. Se trata de algo similar a lo que ya existe en el sector de la mensajería, donde el servicio público de correos coexiste con compañías privadas como Fedex y UPS.

Al margen de la batalla política sobre el intervencionismo del Gobierno, las dudas sobre la reforma propuesta por Obama dominan entre los que ahora están cubiertos por seguros negociados por sus empresas. Temen que, si hay una opción pública, más barata, sus patrones opten por subirles el sueldo y dejar en sus manos la negociación individual del seguro médico, lo que resultaría mucho más costoso. En este debate, no hay colores políticos.

**Artículo 16: La trampa de la deuda**

La experiencia demuestra que los recortes no reducen el pasivo de los estados, sino que lo aumentan.

Como saben, porque probablemente muchos han tenido la desgracia de sufrir sus efectos en sus propias carnes, nuestros gobiernos están empeñados en una cruzada de recortes del gasto social. Unos recortes que no responden a un plan pensado y racional, sino a impulsos movidos por el objetivo de reducir rápida y drásticamente el déficit y la deuda. A la vez, impulsan una política de disminución generalizada de los salarios con el objetivo de mejorar la competitividad y las exportaciones. A estas reducciones salariales los economistas las llaman «devaluaciones internas», por similitud con la devaluación de la moneda, cosa que ahora no se puede hacer al estar en el euro.

Esta estrategia de recortes y devaluaciones internas tiene un doble efecto negativo. Uno económico, consistente en la reducción del consumo público y privado, cosa que hunde a la economía en la recesión y el paro. Otro de naturaleza social, consistente en un empobrecimiento creciente y un malestar social que poco a poco va empapando a la mayoría de la población. ¿Pero en qué medida los recortes y devaluaciones salariales son una estrategia eficaz para reducir la deuda?

El efecto de interacción de las políticas de recortes y devaluaciones internas sobre la dinámica de la deuda es letal para las economías y sociedades que las aplican.

El motivo de que los recortes y las devaluaciones internas no consigan reducir la deuda, sino que además la incrementen es lo que podríamos llamar la trampa de la deuda. Un ejemplo sencillo nos ayudará a comprender cómo opera.

Imaginen que en el año cero el importe de la deuda es de 800 y el PIB es de 1.000. Si dividimos 800 entre 1.000 y multiplicamos por 100 vemos que la deuda es el 80% del PIB. Ahora imaginen que el año siguiente la deuda se mantiene en 800 pero que el PIB se reduce de 1.000 a 800 como consecuencia de los recortes, la recesión y el paro. Si volvemos a hacer la operación vemos que ahora la deuda es el 100% del PIB. Es decir, los recortes, al provocar recesión aumentan la deuda, lo contrario de lo esperado.

Los mercados, es decir, los prestamistas, al ver que el peso de la deuda crece comenzarán a temer que el país no sea capaz de pagar. Para cubrirse de esa posibilidad exigirán una rentabilidad más elevada para refinanciar esa deuda de 800. Este sobrecoste eleva el monto de la deuda, imaginemos, hasta 960. Si volvemos a hacer la misma división vemos que la deuda ahora es del 120 % del PIB.

Cuanto más rápidos e intensos sean los recortes y las devaluaciones internas, más intensa será la recesión y el paro y, por tanto, más aumentará la deuda. Una trampa de la deuda.

**Artículo 17: La depresión del Excel**

¿Puede un error en una hoja de cálculo haber destruido casi por completo la economía de Occidente? LOS LÍMITES DE LA DEUDA PÚBLICA.

En esta era de la información, los errores matemáticos pueden llevar al desastre. A principios de 2010, dos economistas de Harvard, Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff, divulgaron un artículo, Growth in a time of debt (Crecimiento en una época de endeudamiento), que pretendía identificar un umbral crítico, un punto de inflexión, para la deuda pública. Una vez que la deuda supera el 90% del producto interior bruto, afirmaban, el crecimiento económico cae en picado.

El hecho es que Reinhart y Rogoff alcanzaron rápidamente un estatus casi sagrado entre los autoproclamados guardianes de la responsabilidad fiscal; la afirmación sobre el punto de inflexión se trató no como una hipótesis controvertida, sino como un hecho incuestionable. Por ejemplo, un editorial de The Washington Post de principios de este año advertía contra una posible bajada de la guardia en el frente del déficit porque estamos “peligrosamente cerca de la marca del 90% que los economistas consideran una amenaza para el crecimiento económico sostenible”. Fíjense en la expresión: “los economistas”, no “algunos economistas”, y no digamos ya “algunos economistas, a los que contradicen enérgicamente otros con credenciales igual de buenas”, que es la realidad. La elevada deuda de Japón es consecuencia de la crisis, no su causa.

Porque lo cierto es que el texto de Reinhart y Rogoff se enfrentó a críticas considerables desde el principio y la controversia aumentó con el tiempo. Nada más publicarse el artículo, muchos economistas señalaron que una correlación negativa entre la deuda y el comportamiento económico no significaba necesariamente que la deuda elevada fuese la causa de un crecimiento lento. Podría ocurrir perfectamente lo contrario, y que el mal comportamiento económico condujese a una deuda elevada. De hecho, este es evidentemente el caso de Japón, que se endeudó enormemente después de que su crecimiento se hundiese a principio de los noventa.

Finalmente, Reinhart y Rogoff permitieron que unos investigadores de la Universidad de Massachusetts analizasen la hoja de cálculo original; y el misterio de los resultados irreproducibles se resolvió. En primer lugar, habían omitido algunos datos; en segundo lugar, emplearon unos procedimientos estadísticos poco habituales y muy cuestionables; y finalmente, sí, cometieron un error de codificación de Excel. Si corregimos estos errores y rarezas, obtenemos lo que otros investigadores han descubierto: cierta correlación entre la deuda elevada y el crecimiento lento, sin nada que indique cuál de ellos causa qué, pero sin rastro alguno de ese umbral del 90%.

Pero, en cualquier caso, lo que realmente importa no es lo que quisieron decir, sino el modo en que se ha interpretado su trabajo: los entusiastas de la austeridad anunciaron a bombo y platillo que ese supuesto punto de inflexión del 90% era un hecho probado y un motivo para recortar drásticamente el gasto público incluso con un paro elevadísimo.

El evidentemente intenso deseo de los legisladores, políticos y expertos de todo el mundo occidental de dar la espalda a los parados y, en cambio, usar la crisis económica como excusa para reducir drásticamente los programas sociales.

**Artículo 18: Preguntas para perdonar la deuda**

Todas estas medidas no han podido evitar que la deuda internacional de muchos países pobres siga siendo excesivamente cuantiosa respecto a sus posibilidades de cumplir con los compromisos adquiridos. De ahí que haya ido tomando fuerza el punto de vista de diversos colectivos que piden simple y llanamente que se perdone la deuda de estos países. Es una posición generosa y, como tal, difícil de reprobar. Pero al mismo tiempo, creo que es importante no perder de vista que el objetivo último que debe buscar cualquier propuesta de condonación de la deuda es no sólo aligerar una carga existente, sino también lograr que ello sea motivo para que el país en cuestión pueda desarrollarse más y mejor.

Lo importante es poder alcanzar este objetivo. Para conseguirlo, sería importante que el perdón de la deuda se planteara a través de un debate en el que se pusieran ́ de relieve todos los elementos que conlleva esta estrategia. No se trata de rechazar que se perdone la deuda de un país, sino saber por qué se está haciendo, y qué comporta para unos y otros. Por esto creo que, en el necesario debate sobre la cuestión, sería preciso formularse algunas preguntas que considero básicas.

La primera es porque los países implicados no pueden cumplir los compromisos asumidos respecto a la deuda. La respuesta de que la causa es que estos países son muy pobres no siempre es correcta. En muchos casos, la ayuda ha sido dilapidada, por ejemplo, en la compra de armas o en contiendas civiles muy sangrientas, como ha ocurrido en gran parte de África. En estos casos, hay que tener en cuenta que la condonación de la deuda puede representar un respaldo implícito a gobiernos sin escrúpulos y a actuaciones totalmente inaceptables.

La segunda cuestión está muy ligada con la anterior: ¿quiénes son los destinatarios y beneficiarios del perdón de la deuda? Aquí se suele simplificar mucho las cosas suponiendo que los beneficiarios son los millones de personas que viven en la pobreza. La realidad es que los destinatarios directos del perdón de la deuda son los gobiernos. Suponer que los fondos ahorrados de esta forma serán utilizados para incrementar el bienestar de los ciudadanos es, en el contexto de muchos países pobres, una simplificación.

La tercera pregunta es la siguiente: ¿quién perdona la deuda? Muchas formulaciones se presentan de tal forma que parece un ejercicio destinado a torcer la voluntad "avariciosa" de los gobiernos acreedores, sin que a los restantes ciudadanos no nos vaya mucho en ello. En la deuda oficial, que es para la que se pide la condenación total e indiscriminada, los que pagan para lograrlo son los contribuyentes de los países acreedores. Y como toda utilización que se haga con los fondos de los ciudadanos, es lógico preguntarse, primero, y asegurarse, después, de que su destino es acertado. Esto llevaría a la necesidad de actuar no sólo empujando a los gobiernos en la dirección deseada, sino también explicando muy bien los méritos de la propuesta a la opinión pública más allá de la generosidad intuitiva.

La cuarta pregunta está implícita en parte de lo descrito hasta aquí: ¿debe perdonarse la deuda incondicionalmente? La respuesta de muchos de los que abogan por esta medida es que sí. Incluso algunos hablan del derecho de los países endeudados a que les sea condonada la deuda. Es muy dudoso que esta fórmula sea la mejor para evitar muchos errores y problemas internos que tienen los países implicados. Muchos de estos problemas proceden de la corrupción y de la falta de controles internos. Si los prestamistas abandonan también su capacidad de influir, es muy posible que en lugar de ayudar se estén perpetuando situaciones de injusticia y de opresión.

La quinta pregunta que me parece interesante es la siguiente: ¿es la deuda entre naciones distinta de la deuda entre personas? La respuesta es que no. Y sin embargo se actúa muchas veces como si lo fuera. ¿Cuántos de nosotros perdonaríamos como principio la deuda de un vecino que es pobre, pero se gasta lo que le prestamos comprando escopetas de caza o en el bar? Creo que pocos, entre otras cosas porque somos muy conscientes de que no es aceptable que un dinero que nos ha costado de ganar sea malgastado por otros. Y protestamos y exigimos garantías a nuestros gobiernos. ¿Porque no hacerlo con otros gobiernos a los que hemos prestado dinero?

Todas estas preguntas no pretenden negar el principio de legitimidad de la condenación de la deuda de los países endeudados más pobres. Es evidente que hay que quitar lastre a estos países para que puedan emprender el vuelo. En otros casos, desastres naturales -como en Mozambique- pueden justificar medidas en esa dirección. Pero la condenación incondicional y universal de la deuda puede acabar teniendo el inconveniente de perpetuar las mismas situaciones que explican la aparición de esa deuda.

**Artículo 19: Los famosos salvan su dinero, y al mundo**

Holanda se ha convertido en el paraíso fiscal preferido para las rentas derivadas de los derechos de propiedad intelectual, como los derechos de autor. A los famosos que prestan su nombre y su imagen a líneas de ropa, que conceden licencias de reproducción de sus canciones a patrocinadores empresariales, que consiguen papeles en Hollywood y participan en otras empresas que generan significativas rentas gravables, el sistema holandés, que no grava los derechos de autor, les ofrece un ingenioso refugio. Al huir en manada a Ámsterdam, los famosos imitan a las grandes empresas que también usan los paraísos fiscales holandeses para ayudar a reducir o eliminar los impuestos sobre los derechos de patente, otra forma de propiedad intelectual.

Algunos expertos ven un aspecto más oscuro en esta transformación de Holanda en un apetecible paraíso fiscal. En 2000, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, con sede en París, ponía una marca negra al país, por ser uno de los cinco principales paraísos fiscales industrializados que promueven el “abuso de tratados” [treaty shopping] cuyo telón de fondo es una laxa presión fiscal. En el informe publicado el pasado otoño, SOMO, el grupo de investigación, dice que los refugios afectan “a la capacidad de los países en vías de desarrollo para proporcionar servicios esenciales a su población y a la capacidad de los gobiernos de países desarrollados para financiar el desarrollo mediante la condonación de la deuda y la ayuda oficial al desarrollo”. El informe también dice que “las características de paraíso fiscal que tiene Holanda también facilitan el blanqueo de dinero y atraen a empresas de dudosa reputación”.

**Artículo 23: Falsedades sobre las pensiones**

Este artículo muestra los errores que se están haciendo en el diseño de las reformas en el sistema público de pensiones, tales como asumir que el incremento de la esperanza de vida implica un retraso en la edad de envejecimiento, entre otros errores. El artículo muestra datos procedentes de la literatura científica que cuestionan tales supuestos, concluyendo que el retraso obligatorio de la edad de jubilación a los 67 años dañaría la calidad de vida y bienestar social de amplios sectores de las clases populares.

El retraso obligatorio de la edad de jubilación se basa en varios supuestos que son erróneos. Por ejemplo, se ha argumentado frecuentemente, por parte de aquellos autores que favorecen tal retraso, que, puesto que la población vive ahora muchos más anos que antes, está también en condiciones de poder trabajar durante más tiempo. Se asume que, al haberse incrementado cuatro años la esperanza de vida en España en los últimos 20 años, la gente muere ahora cuatro años más tarde que hace 20 años, lo cual no es cierto. Los que hacen tal supuesto ignoran cómo se calcula la esperanza de vida de un país.

Esto es lo que ha estado ocurriendo en España en los últimos 20 años: la mortalidad infantil y juvenil ha ido descendiendo, con lo cual la esperanza de vida ha ido aumentando. Ni que decir tiene que los mayores (de 65 años y más) también han visto alargada su vida, pero mucho menos que los famosos cuatro años. En realidad, desde el año 1991 ha aumentado sólo 2,3 años.

Un segundo error que se hace es suponer que, puesto que la población vive más años, tal población puede continuar trabajando después de los 65 años, con la misma capacidad y vitalidad de trabajo que tiene a los 65. Se asume, pues, que al vivir más años la edad de envejecimiento también se retrasa. De ahí que se considere (erróneamente) que, si ahora las personas que llegan a los 65 años viven 2,3 años más que hace veinte años, tales personas tendrán 2,3 años más de vida saludable, retrasando la edad de envejecer 2,3 años más. Esto no es así. En realidad, la edad de envejecimiento se ha adelantado, en lugar de retrasarse.

De ahí la importancia de tomar como indicadores de vida laboral potencial (es decir, el número de anos que el trabajador puede continuar trabajando) el número de años saludables durante la vida de una persona, antes y después de los 65 años, en lugar de considerar los años de vida que tendrá a partir de los 65.

Todos estos datos muestran que hemos podido retrasar el año en que nos morimos, pero no necesariamente retrasar ni la edad de envejecimiento ni la cantidad de enfermedades que tenemos.

**Artículo 24: Paraísos fiscales, pobreza y terrorismo**

La Comisión Europea ha declarado ilegal (o lo hará en breve) el régimen fiscal de Gibraltar, la reducida colonia británica en territorio español. Gibraltar es un paraíso fiscal con 30.000 sociedades fantasmas donde se blanquea el dinero ilícito de la mafia rusa de la Costa del Sol española.

La organización civil internacional ATTAC define los paraísos fiscales como "algunos países, islas o enclaves geográficos con regímenes jurídicos opacos, reglamentaciones fiscales muy laxas que ofrecen exenciones y beneficios muy atractivos para el capital financiero y para la actividad financiera en general; los ofrecen a extranjeros no residentes y a sociedades domiciliadas legalmente en el lugar, aunque sólo sea con una dirección postal". Los paraísos fiscales o centros financieros offshore se caracterizan por no poner impuestos a los movimientos y operaciones financieras, su hermética oscuridad respecto a esas operaciones, sus protagonistas y beneficiarios, y la persistente negativa a facilitar información, aunque la pida una legión de jueces.

En los paraísos fiscales para blanquear y evadir impuestos son imprescindibles las empresas- pantalla, llamadas sociedades instrumentales, empresas que no existen o que simulan su existencia con una simple dirección postal.

Se calcula que la evasión de impuestos a gran escala en países desarrollados reduce hasta un 15% los ingresos de los Estados y, en consecuencia, la inversión en educación, sanidad y seguridad. Además, la corrupción tiene en los paraísos fiscales los cómplices imprescindibles donde guardar y camuflar el fruto de sus rapiñas: esa corrupción retrasa el desarrollo social, como reconoce el propio FMI, o precipita directamente a la ruina. El caso de Argentina es significativo: el dinero evadido o robado a lo público fue a paraísos fiscales y casi equivalía al monto de la deuda externa que ahoga al país.

Investigadores de todo el mundo concluyen que la financiación de grupos terroristas es inseparable de los paraísos fiscales.

**Artículo 25: La guerra contra la corrupción perjudica al mundo**

Hace aproximadamente una década en el mundo estalló una erupción de corrupción. Nadie sabe si el estallido lo produjo un aumento en los actos de corrupción; por definición, esta es inmedible. Lo que sí sabemos es que de repente un problema tan antiguo como la humanidad misma pasó a dominar el debate público casi en todas partes. La ola de democracia que sacudió al mundo en esa época hizo que fuese más difícil seguir ocultando los sucios tejemanejes de dictadores ladrones, burócratas corruptos y empresarios especializados en trasquilar al Estado. Además, durante la Guerra Fría, las dictaduras cleptócratas se especializaron en canjear su apoyo a una de las dos superpotencias a cambio de que se les tolerara su pillaje. Terminada esa guerra, estos negociados geopolíticos se hicieron menos frecuentes. Simultáneamente, la revolución de la información y la explosión en las comunicaciones hicieron que cualquier escándalo de corrupción se convirtiese rápidamente en noticia mundial. Inevitablemente, la frecuencia de los escándalos hizo que el mundo llegara a la conclusión de que había más corrupción que nunca. Con igual inevitabilidad, se produjo un clamor popular para declararle la guerra a la corrupción.

La respuesta al clamor no tardó. Los países promulgaron leyes anticorrupción, las empresas adoptaron estrictos códigos de conducta, y se crearon organizaciones no gubernamentales como Transparencia Internacional para identificar y avergonzar a los países con su ranking de naciones corruptas. Fiscales y jueces especiales junto con poderosos zares anticorrupción y comisiones contra el enriquecimiento ilícito brotaron por todas partes.

De hecho, yo voy más allá. Creo que la guerra contra la corrupción ha causado enormes danos colaterales sin realmente disminuir la corrupción existente. La guerra contra la corrupción está minando la democracia, ayudando a que se elijan líderes equivocados y distrayendo a las sociedades de sus otros problemas urgentes. La corrupción se ha convertido con demasiada facilidad en el diagnóstico universal para las enfermedades de un país. Si al menos pudiéramos restringir la cultura del soborno y la codicia, se nos dice, los otros problemas serían más fáciles de solucionar. Esta es ilusión paralizante. Si bien es cierto que la corrupción es una plaga desastrosa, no es tan cierto que su mengua resolverá los problemas más profundos que realmente retardan o paralizan el progreso. De hecho, creerlo así hace más difícil, si no imposible, obtener el respaldo popular para políticas públicas indispensables. ¿Para qué aprobar reformas fiscales necesarias si los ingresos públicos se esfuman en corrupción? ¿Por qué los Estados Unidos deben aumentar su contribución a los fondos para el desarrollo y llevarlos al nivel prometido si la corrupción se los va a comer? ¿Para qué privatizar una empresa pública ineficiente si la venta será carcomida por la corrupción? Como todos los lugares comunes, estas creencias sin duda tienen mucho de cierto. Pero son también excusas para no hacer nada y que paralizan procesos que a la larga pueden ayudar más a disminuir la corrupción que las reiteradas denuncias moralizantes contra la misma.

Pero quizás el peor daño colateral provocado por esta fijación sea la inestabilidad política que origina. En muchos países los electorados ya tienen sobradas razones para estar decepcionados con sus gobernantes. La corrupción alimenta esta decepción y amplifica las expectativas poco realistas que la población usualmente tiene sobre los esfuerzos que son necesarios para hacer que su país progrese. Además, la impaciencia popular, exacerbada por la creencia de que casi todos los de arriba están llenándose los bolsillos, acorta aún más el tiempo del que disponen los Gobiernos para mostrar resultados. Así, para mitigar la ya exacerbada impaciencia de los votantes, los políticos se ven obligados a ofrecer mucho y a muy corto plazo. Normalmente les es imposible cumplir con sus promesas; lo cual exacerba la decepción popular y la desconfianza hacia los políticos.

**Artículo 26: El crecimiento de una economía budista**

En Bután, el desafío económico no es el crecimiento del producto interior bruto (PIB), sino de la felicidad nacional bruta (GNH, por sus siglas en inglés). Fui a Bután para entender mejor cómo se aplica la GNH. No hay una fórmula, sino un proceso activo e importante de debate nacional que se adapta a la seriedad del desafío y a la profunda tradición de reflexión budista de Bután. Allí reside la inspiración para todos nosotros.

Parte de la GNH de Bután tiene que ver, obviamente, con satisfacer las necesidades básicas: mejor atención médica, menor mortalidad materno-infantil, mayores logros educativos y mejor infraestructura, especialmente electricidad, agua y servicios sanitarios. Este interés en el progreso material destinado a satisfacer las necesidades básicas tiene sentido tratándose de un país con el nivel relativamente bajo de ingresos de Bután.

Todos saben de qué manera el hiperconsumismo al estilo estadounidense puede desestabilizar las relaciones sociales y conducir a la agresividad, la soledad, la ambición y el exceso de trabajo al punto del agotamiento. Lo que tal vez se admite con menor frecuencia es de qué modo esas tendencias se han acelerado en Estados Unidos en las últimas décadas. Esto tal vez sea el resultado, entre otras cosas, del ataque cada vez mayor y ahora implacable de la publicidad y las relaciones públicas. Cómo guiar a la economía para que produzca felicidad sostenible - combinando bienestar material con salud humana, conservación ambiental y resistencia psicológica y cultural- es una cuestión que es necesario abordar en todas partes.

La tradición budista de Bután entiende la felicidad no como un apego a los bienes y servicios, sino como el resultado de un trabajo serio de reflexión interior y compasión hacia los demás.